

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 270.

Alicante 5 de Febrero de 1876.

Año VII.

DISPOSICIONES DIOCESANAS.

OBISPADO DE ORIHUELA.

Una de las publicaciones literarias que sale á luz en la capital de nuestra provincia, y en la que tenemos fija nuestra atencion por su carácter religioso es el SEMANARIO CATÓLICO. Creado y continuado con nuestra autorizacion y licencia, desde un principio procuramos, en cuanto estuvo de nuestra parte, hacer todo lo posible porque nuestro Clero cooperase de algun modo al sostenimiento de dicha publicacion por medio de suscripciones. Disminuidas estas, acudimos otra vez á la misma respetable é ilustrada clase, haciéndole ver la necesidad que todos tenemos de sostener un periódico tan útil como el que nos viene ocupando, único en su género que se publica en nuestra Diócesis. Y hoy no podemos tampoco ménos de dirigirnos á todos y con especialidad á los Párrocos,

al ver la indiferencia con que se mira el referido SEMANARIO, y que por consecuencia no podría seguir publicándose sino le prestásemos nuestro apoyo.

A este efecto, pues, venimos en mandar y mandamos que todas las Fábricas de las Parroquias de nuestra Diócesis contribuyan con una suscripcion, cuyo importe se incluirá en las partidas de data de las cuentas de Fábrica de cada un año; y las entregas se irán reuniendo y formando libros que deberán conservarse en los archivos, tanto más, cuanto que en lo sucesivo procuraremos que todas nuestras disposiciones comunicadas por cualesquiera de nuestras oficinas, se incluyan en él, pero no con el carácter oficial, porque con este solo se considerarán las que se remitan directamente, y que se continuará haciendo, no obstante el SEMANARIO, del mismo modo que hasta el presente.

Asímismo esperamos que nuestros Párrocos y Clero todo se estimularán á cooperar del indicado

modo al sostenimiento del repetido SEMANARIO, y que á la vez, guiados del celo que tanto les distingue, procurarán estimular el de sus amigos á fin de que se reuna el suficiente número de suscritores, sin lo cual habria de suprimirse, privándose así de la buena lectura muchos de nuestros diocesanos que acaso no se la puedan facilitar en otros escritos.

Lo que comunicamos á V. para su conocimiento y el de todos los Párrocos de ese Arciprestazgo, á cuyo fin y efectos consiguientes circulará V. la presente por todas las Parroquias del mismo, quedando con copia de ella.

Dios guarde á V. muchos años.
Orihuela 22 Enero de 1876.—*El Obispo.*—Sr. Cura Párroco, Arcipreste de....

OBISPADO DE ORIHUELA.

Con la mayor satisfaccion acabamos de recibir una circular de la Reverenda Nunciatura Apostólica de estos Reinos, por la que Nuestro Smo. Padre Pio IX se ha dignado prorogar el Santo Jubileo para España y sus dominios de Ultramar hasta el dia 23 del próximo Abril, Domingo de *Quasi modo*.

En su consecuencia, pues, y deseando por nuestra parte que esta nueva gracia de la benignidad

de Nuestro Smo. Padre, que Dios conserve, pueda llegar á conocimiento de los fieles todos de nuestra Diócesis, para que aquellos que en el pasado año 1875, por enfermedad ú otro cualquiera impedimento, no se aprovecharon del tesoro inagotable que nuestra Madre la Iglesia en el mismo nos ofrecía, puedan hacerlo ahora, mandamos que la presente sea leída por nuestros Párrocos al ofertorio de la Misa conventual en los dos dias festivos siguientes á su recibo, quedando con copia de ella, y haciendo circule por todas las Parroquias de ese Arciprestazgo.

Dios guarde á V. muchos años.
Orihuela 14 de Enero de 1876.—*El Obispo.*—Sr. Arcipreste de....

LA CIRCULAR DEL SEÑOR OBISPO

sobre nuestro SEMANARIO.

En la circular del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Orihuela, que tenemos la cumplida satisfaccion de insertar en este número, verán nuestros lectores con el mismo placer que nosotros el vivísimo interés con que S. E. I. mira y considera esta publicacion religiosa, y los ardentísimos deseos que le animan por verla, no tan solo vivir segura y desembarazadamente, sino prosperar en su vida ulterior.

No podia menos de ser así, ni podia esperarse otra cosa de los sentimientos elevadamente religiosos de nuestro dignísimo Pre-

lado. Convencido de que la prensa religiosa y católica es una necesidad indeclinable en nuestra época para defender, explicar y propagar las santas verdades del Catolicismo, no solo se dignó prestar su beneplácito y licencia para la publicación de nuestra Revista, si que además ha venido publicándose bajo sus auspicios y á la sombra de su respetable palabra, que la ha recomendado al Clero y fieles de la Diócesis, merced á cuyo benéfico influjo, en gran parte, ha venido dilatando su vida de provecho y enseñanza religiosa, moral y social.

La crudeza de los tiempos en orden á las corrientes religiosas, la penuria y sequedad de los corazones bajo la presión de una atmósfera preñada de vientos tan encontrados y tempestuosos, la frialdad, la indiferencia que insensiblemente va infiltrándose en los ánimos, la multitud de doctrinas anticatólicas y deletéreas que por donde quiera se derraman y esparcen á mansalva enfermando nuestras antiguas y divinas creencias, y no sabemos cuántas causas más que acaso no podamos penetrar, han venido á languidecer la vida de nuestra Revista, no por falta de voluntad, ni de ánimo, ni de abnegación, ni de fé en los que han cargado sobre sus débiles hombros esta honrosísima carga, sino por escasez de medios materiales, con los que única y precisamente puede sudar la prensa que ha de dar forma material escrita al pensamiento religioso.

En estas circunstancias vuelve á sonar la voz respetable y potente de nuestro dignísimo Pastor, haciendo un noble y eficaz llamamiento para la defensa del gran principio religioso-social, de la gran verdad, la verdad del Catolicismo. Y este llamamiento, no lo dudamos, será escuchado y atendido; así lo esperamos en Dios, porque el rebaño sigue siempre la voz del pastor que le guía al verdadero y saludable aprisco.

Mientras acariciamos tan dulces y halagüeñas esperanzas, cumplimos un gratisimo deber enviando desde aquí el mas profundo y respetuoso testimonio de sincera gratitud á nuestro reverendo y por tantos títulos distinguido Prelado, que con tan plausibles acuerdos viene á robustecer la vida de nuestro SEMANARIO, y nos complacemos en confiar que Clero y fieles de consuno responderán á tan eficaz, paternal y religioso llamamiento.

LA PROVIDENCIA

en el orden del universo.

II.

A los partidarios de una rigurosa igualdad en el mundo moral podríamos preguntarles: ¿Quisierais que en el mundo material fuera todo igualmente bello, que en los tres reinos de la naturaleza fuesen uniformes todos los seres de que se componen, que todos los peñascos fuesen mármol, to-

dos los animales leones y fuego todos los elementos? ¿Habría entonces esa admirable variedad, que es uno de los mas bellos adornos del universo, y en la que resplandece de un modo tan visible la inteligencia, el poder y la inagotable fecundidad de su autor? ¿Y de dónde se deduce que no debe haber la misma diferencia en el mundo intelectual y moral? No, no se exija que todos los capitanes sean Alejandro, Descartes todos los filósofos, todos los oradores Bosuet y Newton todos los sabios. Esa rígida uniformidad induciria á creer que Dios se habia visto estrechado en sus ideas ó en el uso de su poder, que no tuvo libertad en sus operaciones y que ha sido comprimido por una invencible necesidad. La variedad denota libertad y aquel poder sin límites, que obra sin trabajo ni dificultad en el mundo de las inteligencias como en el de los seres corpóreos.

Tampoco se advierte mas que los inconvenientes de ese plan de desigualdad; pero nótese tambien cuales son sus ventajas, y qué gloriosas son para el Criador y el hombre sus consecuencias y efectos. ¡Qué maravilla no es ver cómo la Divinidad sabe hacer concurrir á la armonía de sus obras la pobreza y la riqueza, la ignorancia y el saber, la debilidad y la fuerza; cómo por sus cuidados se conserva siempre entre nosotros esa asombrosa diversidad de gustos, de talentos, de profesiones que tienen relacion con todas las necesidades, y que por unos medios tan varios y aun opuestos

contribuyen á un solo fin, que es la conservacion de las sociedades humanas!

Admírase en el hombre la generosidad, el valor, la modestia: todas estas cualidades nos parecen gloriosas para él; pero bajo el sistema de perfecta igualdad veríase perder estas virtudes todo su brillo. Hermoso es ver al rico despojarse por socorrer al pobre; pero sin la riqueza de unos y la indigencia de otros ¿habria liberalidad? Complace ver al poderoso armarse en defensa del desvalido, y aún si es preciso sacrificarse por él; pero sin el poder por una parte y sin la debilidad por otra, ¿existiria esa generosa proteccion? Las privaciones son las que hacen brillar la paciencia, asi como la modestia resalta en la superioridad de los talentos: y véase aquí como las virtudes que más honran á la humanidad consisten en ese plan de desigualdad que humilla el orgullo de los que no se hallan en la primera clase. Queda con lo expuesto demostrada, en nuestro juicio, la falta de fundamento de las quejas deducidas de la desigualdad de las personas y de sus condiciones.

Bien sabemos que de esta desigualdad de condiciones parece resultar otra muy grande de dicha é infortunio. Se diria á primera vista que todo es un bien para unos y un mal para otros. Huyamos de toda exageracion, pues muchas veces nos engañan las apariencias. La imaginacion y

los sentidos extravían la razón, y tomamos por realidades nuestras fantasías y caprichos. Desgarremos el velo que cubre las diferentes condiciones de la vida humana, y veremos que aquellos mismos á quienes envidiamos su brillante destino, son á las veces ménos felices que nosotros. Todo en nuestro estado nos parece áspero y todo halagüeño en el ajeno: vemos en él las flores, pero no sentimos las espinas, y la imaginación alucinada sueña en un cambio de estado que tal vez, si se realizara, causaría nuestra desdicha. Una de las mas incurables enfermedades del espíritu humano es el estar disgustado con lo que posee, ansioso de aquello de que carece, y siempre mas atormentado aun por lo que desea que feliz por lo que posee. Mucho tiempo hace que el poeta romano en su primera sátira se lamentó de esta inconstancia. El cortesano envidia al solitario su quietud, y algunas veces el solitario echa de menos el ruido y bullicio del mundo; y cuando el labrador ve sus cosechas destruidas por la tempestad, suspira por la suerte de los moradores de nuestras ciudades: hé aquí cómo el hombre se agita siempre por ser lo que no es. Mas con todo, si caminásemos de buena fé nos convenceríamos de que todo está dispuesto y acordado de tal modo, que hay en la felicidad de los hombres menos desigualdad de la que se piensa.

No se trata aquí de fascinarnos ni consolarnos con supuestos arbitrarios; no diremos que exista

una rigurosa compensación en los destinos humanos, y que para todos los individuos sea la medida de bienes y de males exactamente la misma; pero sí diremos que la diferencia es menor de lo que desde luego pudiera creerse. El pobre, por ejemplo, está privado de los goces del rico, pero ¿no está también más exento de las inquietudes y tormentos de la ambición? No se sacia en una mesa suntuosa; pero el trabajo sazona los manjares groseros que le alimentan, y no conoce las enfermedades que asedian la molición. ¿Cuántos hombres condenados á las pomposas representaciones de la grandeza, suspiran por las dulzuras de la vida privada! ¿No se vé algunas veces á los poderosos de la tierra despojarse con alegría de la magnificencia para disfrutar de placeres más sosegados? ¿Quién es aquel cuya alma no se esplaya con la pintura de una vida sencilla y frugal, lejos de la agitación de las cortes y ciudades? Nó, la nombradía no es la felicidad. El deleite disgusta, la grandeza fastidia, la fama cansa: vanidad en los placeres, vanidad en las riquezas, vanidad en la ciencia: esto es lo que ha visto el Sábio tres mil años hace, y esto es lo que aun vemos. De este modo, y en medio de la desigualdad de sus condiciones, los hombres son mas iguales que lo que parecen ser. Creemos, pues, haber dicho con fundamento, que la queja deducida de la desigualdad de los destinos ó suertes humanas es en extremo exagerada.

Pero se dirá, sin embargo, y esta es la segunda dificultad, que aunque la desigualdad de este mundo sea menor de lo que se cree, es tal el orden actual de cosas, que el hombre resulta siempre infeliz, y por todas partes le abruma los trabajos, las enfermedades y los reveses de la fortuna: ¿y es posible que bajo de un Dios bueno que gobierna este mundo sea el hombre tan miserable?

Procuremos reducir esta nueva queja á su verdadero valor. Convenimos desde luego en que el hombre no goza en el mundo de una felicidad pura y sin mezcla de penas; pero por lo mismo que es una criatura, es limitado en todo lo respectivo á su ser. No parece extraño que el hombre carezca de suficiencia para ver de una ojeada todo el conjunto de las verdades conocidas; que no sea bastante poderoso para dirigir á su gusto toda la naturaleza; que no sea tan virtuoso que posea todas las virtudes en el mas alto grado sin sombra de imperfeccion; en una palabra, se mira como una cosa natural que el hombre no sea perfecto ni en talento, ni en fuerza, ni en virtud. ¿Por qué se quiere, pues, que sean completos sus placeres, su salud y su felicidad? Supongamos que un hombre, despues de una prosperidad continua de cien años, experimentase un ligero dolor, ¿desconoceria por un solo instante de pena la bondad divina, y querria asemejarse á aquel hombre ridiculo de que habla la fábula, que picado por un insecto se

admiraba de que Júpiter no aniquilase con sus rayos tal monstruo? Luego si Dios, sin dejar de ser bueno, puede permitir algunos momentos de padecer, ¿por qué no una hora, por qué no un día? y ¿quiénes somos nosotros para oponer nuestros cálculos á lo insondable de su infinita sabiduría?

Pondérense cuanto se quiera todas las miserias del hombre: es cierto, sin embargo, que hay muy pocos tan desgraciados que deseen la muerte, ó prefieran la nada á su existencia. En el curso ordinario de la vida experimentamos muy frecuentemente sensaciones de placer y de alegría; y aun los males que padecemos están casi siempre templados con algun consuelo, ó al menos con la esperanza.

El hombre, se dice, es infeliz; pero si la desdicha puede servir para purificar y perfeccionar su virtud, para desplegar en él todas las cualidades del entendimiento y del corazon, y elevarla al más alto grado de heroismo, entonces no veremos en su desgracia mas que un feliz incidente, que en los designios paternales de la divina bondad se convierte en utilidad del conjunto de las cosas.

El hombre es infeliz; pero si sus infortunios y disgustos son obra suya, ¿á qué imputarlos á la Divinidad? Demasiadamente el hombre debe atribuirse solo á sí mismo sus desdichas. Seamos más moderados en nuestros deseos, más reservados y prudentes en nuestros discursos, más racionales en nuestros proyectos, más

sóbrios, más templados y más abstraídos de los deleites y vicios que debilitan al mismo tiempo el alma y el cuerpo, y veremos desaparecer el mayor número de los males que padecemos.

El hombre, se dice, es infeliz; pero procuremos no engañarnos buscando la felicidad. No consiste esta en la fortuna, ni en las dignidades, ni en el saber; tampoco se halla en los placeres del mundo, ni en los de la soledad: solo existe en el testimonio de una conciencia libre de remordimientos, y en ella sola se hallan la paz y el placer sólido del alma, la felicidad, en fin. En este punto nuestros escritores sagrados se han manifestado mucho más ilustrados que todos los sábios de la antigüedad. Esta dicha está al alcance de todos, nadie puede arrebátarnosla, é independiente de todos los accidentes de la vida humana, permanece con nosotros aunque perezca cuanto nos rodea. Podrá padecer el hombre virtuoso, pero en la calma de su alma pura no cambiará su destino con el de los malvados que parecen ser los más felices de los mortales, y las cadenas con que podrá ser agobiado le serán más halagüeñas que todas las coronas del vicio triunfante.

Hasta aquí nos hemos ceñido á manifestar la injusticia y exageración de las quejas que se forjan contra la Providencia, ya sea con motivo de la desigualdad de los destinos humanos, ya á causa de los padecimientos y desdichas del hombre: pasemos ahora á responder á lo que puedan tener de

legítimo, resolviendo la tercera dificultad. ¿Por qué, se dice, bajo de un Dios santo, bueno, sabio y justo ha de haber esos desórdenes y esos crímenes que tan fácilmente podia evitar, que son el azote del mundo, y hacen con frecuencia peor la suerte de la virtud que la del vicio? En una palabra, ¿por qué el mal moral? Hé aquí lo que nos resta examinar, y será objeto de nuestro estudio en el próximo artículo.

DISCURSO DE SU SANTIDAD

á los peregrinos de Italia en la Audiencia de 6 de Enero, festividad de la Epifanía.

Hará bien pronto seis lustros (30 años) que Dios ha tenido la bondad de elegirme entre mil y mil otros para indigno Vicario suyo, y de confiar á mis débiles manos la dirección de esta navecilla mística que representa su Iglesia. Con el peso de una dirección tan larga y prolongada, en medio de tantas tempestades y al través de tantas dificultades de toda especie, yo habría sentido seguramente desfallecer mi valor sin una asistencia particular de la bondad divina. Dios ha querido, sin duda, demostrar por este hecho, más que por ningún otro, cómo es verdad la infalible sentencia de Jesucristo: «Que nada se puede hacer sin su auxilio.» *Sine me nihil potestis facere.* De igual modo, si en este largo espacio de tiempo algun otro bien ha podido hacerse; si se ha llevado á cabo algun acto que haya redundado en gloria y

provecho de Dios, sí, lo decimos en alta voz, todo, sí, todo es debido á Dios únicamente.

Por lo que hace á vosotros, menos que nadie ignorais cómo al principio de este Pontificado comenzó cierto movimiento, que, aumentando poco á poco, muy pronto degeneró en agitacion abierta, acompañada de hipocresías, de tramoyas, de mentiras y de toda especie de seducciones. Los principales agitadores conmovian las muchedumbres y convertian en hecho la famosa palabra de orden pronunciada en el seno de los secretos y tenebrosos clubs de los sectarios: *Agitad, agitad siempre.*

Reiteradas exhortaciones y apremiantes consejos no pudieron hacer que la poblacion volviera á sus trabajos ordinarios, porque los jefes del movimiento continuaban agitando y engañando á la multitud seducida de mil maneras. ¿Cómo acabaron estas lamentables y desoladoras agitaciones? Tan bien como yo lo sabéis. La obstinacion de los impios ha triunfado, sustentando la más detestable de todas las causas.

Yo diré, sin embargo, y todos vosotros direis conmigo, si los malvados, con obstinacion persistente, han llegado al logro de sus indignos proyectos, ¿por qué los buenos, á su vez, no obtendrían con una constancia invencible el logro santo de sus deseos, es decir, el triunfo de la Iglesia de Jesucristo? Pues bien; yo no os diré, *¡agitad, agitad,* sino *obrad, obrad* como vosotros lo haceis, á fin de oponer al torrente de la iniquidad que se desborda y todo lo inunda, la resistencia que sea posible para sostener y defender los derechos de la Iglesia.

Bien sé que es mucho más fácil empujar al mal que arrastra y precipita, que hacer aceptar la vocacion al bien que levanta pero que cuesta. Sé igualmente que cuando el mal ha llegado á su colmo y amenaza destruir, los buenos, sin excepcion, deben fortalecerse con santa union, de la cual vosotros dais ejemplo, á fin de encontrar los remedios necesarios y oponer de comun acuerdo todos los obstáculos posibles, para que el torrente no siga adelante ni llegue á sumergirlo todo. En esta situacion en que nos encontramos, nada hay peor para un pueblo que ir acostumbrándose á lo que pasa, y á esperar tranquilo é indolente sobre terreno que amenaza entreabrirse de golpe como un volcan.

Reflexionemos un momento sobre el misterio que la Iglesia propone á nuestra meditacion en la solemnidad de este dia, y encontraremos la prueba de lo que acabo de decir. Los santos Reyes Magos llegaron á toda prisa de Jerusalem, y llenos de ardiente fé se informaron con premura del lugar donde ha nacido el Rey de los Judios: *¿Ubi est qui natus est Rex Judeorum?*

Esta pregunta se esparce, como ola agitada, y pronto se propaga por toda la ciudad de Jerusalem. El Rey Herodes, como herido del rayo, queda aterrado; túrbase, y con él se turba toda la ciudad: *Audiens autem Herodes rex, turbatus est et omnis Hierosolyma cum illo.*

La causa de la turbacion y el susto del rey compréndese fácilmente. Un rey cruel como Herodes, tiránico, vicioso, lleno de recelos, así que oyó hablar del nacimiento de un rey de los judios, ya creyó sentir que la corona real vacilaba

en su cabeza, y que las gradas del trono se hundian debajo de sus piés.

Lo que yo no comprendo es que una poblacion entera se conmueva por anuncio semejante; mucho ménos cuando considero que el nacimiento de Jesucristo habia colmado de inefables consuelos á Simeon y á todos los justos que habia en el país, los cuales, trasportados de gozo, aceleraban con sus oraciones el momento de poder contemplar á Jesucristo y alegrarse de que hubiese traído la libertad al mundo, esta libertad del espíritu que quebranta todas las cadenas del demonio.

Hay que notar que entonces Jerusalem estaba corrompida y se daba á todos los vicios. En otro tiempo habia sido este pueblo muy laborioso, ora ocupado en vencer las fatigas de la guerra, ora en diversos trabajos que alimentaban su actividad, pero adormecido entonces en ociosidad vergonzosa y en los lazos de la iniquidad, preferia las torpezas de la esclavitud sin guerra á pasar nuevas fatigas para salir de su triste situacion. Y así como sus abuelos, fatigados de viajar por el desierto á la tierra prometida, de que ya no estaban lejos, preferian las cebollas de Egipto y las cadenas de Faraon, así perdido todo espíritu de Religion, preferían estos la esclavitud á la dominacion del Mesías.

¡Qué contraste! Simeon y todos los justos, como os decia hace poco, se estremecian de júbilo viendo al Redentor tanto tiempo esperado, en tanto que los escribas, los fariseos y la mayor parte del pueblo, mejor querian vivir en las vergonzosas ociosidades del pecado, que en

la santa libertad del espíritu que les traia el *Deseado* de las naciones.

Ved, pues, á qué estado, aun entre nosotros, puede ser reducido un pueblo que se abandona al reposo, mirando con ojos indiferentes los tristes sucesos que se nos presentan por todas partes, y no intentando oponerse á las violencias que se cometen contra la Religion de Jesucristo. Ese pueblo, en presencia de los graves peligros de que en la actualidad nos vemos amenazados, está seguramente bien cerca de su ruina.

Mas, gracias á Dios, veo por vuestra laudable y significativa actitud, que comprendereis todo el alcance de mis insinuaciones. Que Dios os bendiga, mis caros hijos, y que os dé á todos la fuerza necesaria para sostener el rudo ataque (*il fiero attacco*) que os espera. ¡Qué Dios os bendiga! Convendria que fuesen como vosotros todos los buenos del universo entero, y tuviesen las armas en la mano. Hé ahí una palabra que espantará seguramente, si aquí hay alguno que se pueda espantar de una palabra. Mas nuestras armas son la oracion dirigida á Dios, y la palabra dirigida á los hombres. A Dios la oracion, para que nos auxilie con su misericordia y nos sostenga con su brazo todopoderoso; á los hombres la palabra, á fin de que sepan que deben respetar los derechos de la Iglesia y honrar siempre á Dios, que es el maestro del universo.

Os repetiré lo que os decia hace algunos momentos. Si nuestros enemigos, agitándose constantemente, han obtenido por lo ménos una parte del resultado que se habian propuesto, es necesario que nosotros tambien nos agitemos; pero

en sentido bien diferente que los revolucionarios. Estos se agitan y toman las armas para destruir; nosotros debemos agitarnos y combatir para edificar; estos emplean medios inmorales é injustos; nosotros no debemos servirnos mas que de medios justos y santos, y aún más, sostener y rechazar el furor de sus injusticias.

La revolucion ha tomado las armas con objeto de aherrojar las inteligencias jóvenes y atarlas al carro de las falsas doctrinas, y encadenar la Iglesia que intenta destruir; nosotros debemos reclamar, sin cansarnos nunca, la libertad de enseñanza, la libertad en la eleccion de los que están destinados por los Obispos para ser ministros del santuario, así como todo lo que está destinado á hacer libre é independiente esta sociedad fundada por el Divino Salvador.

La revolucion quiere erigir monumentos á los apóstatas; nosotros debemos conservar, mejorar, y donde sea posible, aumentar el número de monumentos destinados á honrar las almas santas en que Italia es tan rica, y que ilustraron el país con la santidad de su vida y el esplendor de su doctrina.

¡Oh, hijos míos bien amados: valor, pues, valor para defendernos! Entre tanto, levantemos los ojos al cielo é imploraremos de Dios la bendicion que nos fortificará para reñir sus batallas. Lejos de imitar al pueblo de Jerusalem, esforcémonos, como vosotros lo haceis, en estar siempre apercebidos para el combate, cerrando el oído á los consejos de aquellos que prefieren una paz vergonzosa á la guerra que debemos sostener por la justicia: *Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit*. Que todos nuestros esfuer-

zos lleven este fin, y Dios nos bendicirá. Oremos, tengamos confianza en su santa voluntad, y despues, suceda lo que Dios quiera. En cuanto á nosotros, defendámonos firmes é inquebrantables, hasta nuestro último aliento, sus derechos y los de la Iglesia.

¡Oh Dios mío! ¡Benedicid al amado auditorio que tengo delante de mí; bendicidle con una de esas bendiciones de gracia y de fuerza, que le hagan invencible contra todos los ataques de sus enemigos; bendicid á sus familias; bendicid especialmente á sus hijos, para que aprendan de sus padres y sus madres lo que deben siempre ser, es decir, hijos llenos del temor de Dios, hijos llenos de obediencia, mostrándose siempre alejados de la compañía de los impíos, y teniendo sin cesar delante de los ojos, en las habitaciones de sus casas, la Cruz del Divino Salvador y la imágen de María Inmaculada! ¡Benedicid la presente peregrinacion, que ha sido esta mañana motivo de tan grande edificacion en la basílica del Vaticano; bendicid tambien á los demás peregrinos, que marcharán á diferentes santuarios de Italia, y haced que esas peregrinaciones dejen huellas en el camino de la vida cristiana!

¡Oh Dios mío! ¡Benedicid tambien á vuestro Vicario ¡ay! inútil, y ya muy viejo, que no espera sino una bendicion vuestra! ¡Benedicidle, pues, y con vuestra bendicion sugeridle cómo debe depositar sus últimos dias en vuestras manos!..... Esto es lo que os deseo á todos vosotros, mis queridos hijos: que podais morir con Jesucristo, á fin de reinar despues con Jesucristo en su santo Paraiso.

Benedictio Dei, etc.

MOVIMIENTO CATÓLICO.

Los peregrinos italianos en Roma.—Audiencia concedida por Su Santidad á las diputaciones católicas de Italia y á la sociedad romana de Intereses católicos.—La persecucion en la Polonia prusiana.—Probable arreglo de la cuestion armenia.

La excitacion dirigida por el activo y celoso comendador Acquaderni de Bolo-
nia á los católicos de las varias diócesis de Italia para que acudiesen á depositar á los piés del Padre Santo, con motivo de la fiesta de los Reyes, el homenaje de su adhesion al Jefe de la Iglesia, ha producido, como era de esperar, excelentes resultados.

Setecientos peregrinos de todos los puntos de Italia, fieles á este llamamiento, llegaban á Roma en los dias anteriores al de la mencionada festividad, reuniéndose la víspera bajo la presidencia de monseñor Jacobini en la gran sala que destina para sus sesiones la Academia de los Arcades. Despues de haberse leído el Breve Pontificio, en cuya virtud Su Santidad se ha dignado conceder especiales gracias á cuantos tomaran parte en la peregrinacion, el ilustre presidente de la Juventud católica de Italia, expuso en un brillante discurso el objeto que se proponia al ir á Roma las diputaciones católicas de toda la peninsula.

«Hemos acudido, dijo, en peregrinacion de las distintas regiones de Italia, para implorar de Dios que tenga misericordia de nuestra pátria. Hemos venido al sepulcro del bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, para suplicarle que interponga su mediacion cerca de la divina justicia para que nos libre de las

plagas con que somos castigados. Hemos venido á prosternarnos á los piés de su sucesor, del gran Pontífice, de nuestro amadísimo Padre é infalible Maestro, para demostrarle nuestro cariño y rendirle nuestros homenajes, y reiterarle nuestra gratitud é inalterable sumision.

Vosotros habeis sido los primeros en dar en Italia este luminoso y edificante ejemplo de piedad cristiana, y tengo la esperanza fundadísima de que Dios se dignará bendecir una obra tan brillantemente comenzada por nosotros, en medio de los rigores de la estacion, y á pesar de las molestias del viaje. Así empezará una série no interrumpida de peregrinaciones á la Ciudad Santa. Millares de fieles vendrán desde ahora á Roma, imitando vuestro ejemplo, para fortalecerse en el valor y la constancia necesarias para soportar las pruebas y desgracias que afligen á la Iglesia. Vendrán para alcanzar de Dios, con las fervorosas oraciones, que emancipe á nuestra pátria del yugo del descreimiento y de la inmoralidad que la oprimen, y para conseguir tambien la conversion de nuestros hermanos extraviados.»

El profesor romano Tolli, presidente del Círculo de San Pedro, contestó al anterior discurso, dando la bienvenida á los peregrinos, en nombre de sus hermanos de Roma.

Monseñor Jacobini, presidente de la reunion, habló luego para resumir el pensamiento y principal fin de las peregrinaciones, exponiendo con este motivo, en un elegante discurso, lleno de enseñanzas, el plan de regeneracion social, á cuya realizacion deben contribuir con todas sus fuerzas los católicos italianos.

«Todos los buenos, dijo, deben reanimar su valor y no temer á nuestros comunes enemigos, porque, ¿qué podrán éstos contra los que llevan en su corazon la fé y el amor de Jesucristo? Despertad á los que duerman seducidos por la serpiente, y decidles que el derecho de conservar en su propia familia y en su patria la fé cristiana es mucho más sagrado que los pretendidos derechos del hombre, tan exaltados por la filosofía del siglo. Decidles que el derecho de enseñar la verdad no debe ni puede ser restringido, ni suprimido por nadie, y que habiendo recibido la Iglesia la mision de iluminar al mundo con su doctrina, nadie tiene derecho á impedirle que hable. Pedid, pues, en voz alta y sin descanso la libertad de enseñanza. Haced comprender á todos que si no hay libertad mas difícil de ahogar que la de la conciencia humana, tampoco hay tiranía más intolerable que la que pretende encadenar la inteligencia y obligarla á conocer lo que ódia y á pensar como los que mira con horror.... Trabajad todos en esta obra de regeneracion. Es preciso sobre todo, que todos estemos unánimes para hacer valer nuestros derechos y ejercitarlos en cuanto nos lo permita nuestra conciencia de católicos y la obediencia debida al Sumo Pontífice; en una palabra, es preciso ganar terreno cada dia para reedificar lo que ha destruido la barbarie. Pero una cosa debe preceder á todas las demás, porque sin ella Dios no bendicirá nunca nuestros esfuerzos, y es que nos mostremos en todas las circunstancias verdaderos soldados de la causa de la Iglesia, haciendo una vida digna del nombre de cristiano, para que

jamás tengamos que repetir estas tristes palabras: *Peccatis nostris barbari fortes sunt.*»

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve menos cuarto, misa conventual, y por la tarde, á las cuatro menos cuarto, misa del Rosario con sermon.

En Santa María, á las nueve, misa mayor. En la Virgen de Gracia, á las ocho, misa de renovacion.

Martes.—En las Agustinas, á las ocho, misa de renovacion. En la Virgen de Gracia dará principio el Tríduo á Jesús Sacramentado con misa mayor á las ocho, y por la tarde á las cuatro meditacion, sermon que predicará en los dos dias primeros, D. Francisco J. de Gimbeu, vicario de la misma, Letanía, crédito y reserva.

Jueves.—En la Virgen de Gracia, por la tarde despues del sermon que dirá D. Juan Zarandona, vicario de la propia iglesia, se dará la bendicion con Jesús Sacramentado. En las Capuchinas por la mañana á las seis y media, misa de renovacion, y por la tarde á las cuatro el trisagio.

Viernes.—En la Misericordia dá principio el Tríduo á Jesús Sacramentado, con misa mayor á las nueve, y por la tarde á las tres y media rosario, meditacion, sermon que dirá D. José Carratalá teniente cura de la Colegial.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, misa de renovacion. En la Misericordia, predicará por la tarde, D. Vicente Morrell, Teniente cura de la Colegial.